

**SALVADOR ALLENDE: TRASCENDENCIA A UNA EPOCA Y
ANTICIPACION AL FUTURO**



ANIBAL PALMA FOURCADE,

Intervención en el acto organizado por la
Fundación Salvador Allende,
al término de las actividades realizadas
con motivo de la conmemoración del
centenario de su natalicio.

Constituye, por lo general, una especie de ritual agradecer la oportunidad de hacer uso de la palabra en una ocasión tan solemne como esta. Pero en mi caso, no es un simple formalismo, lo agradezco sinceramente y dejo constancia de que constituye un honor para mí poder hacerlo.

Con frecuencia, se sostiene que la trayectoria de los seres humanos, está condicionada por su entorno y por la época en que se desarrolla. Puede ser cierto, pero hay excepciones; y una de ellas es precisamente la del Presidente

Salvador Allende, cuya vida y obra trascienden su época y entorno, anticipando el futuro y manteniendo plena vigencia en el presente.

Una demostración evidente de lo que afirmamos, es la multiplicidad de actos y homenajes, realizados en diversos países y continentes al conmemorarse el centenario de su nacimiento.

Lo pude comprobar personalmente, al participar en los organizados por la Universidad Central de Venezuela y por la Universidad Autónoma Metropolitana de México, con el auspicio y participación de las respectivas Embajadas de Chile.

En ambas ocasiones, las personalidades y organizaciones participantes, vinculaban su pensamiento y su obra al presente y lo proyectaban al futuro. No era solo un recuerdo del ayer, sino también un aporte para construir un mañana mejor, en que la plena vigencia de una democracia fuera acompañada de una auténtica justicia social.

A veces, las circunstancias heroicas de su muerte, relegan en cierta forma esta capacidad de trascender al pasado, seguir vigente en el presente y proyectarse al futuro.

No es simple retórica. Con imaginación y audacia, Allende irrumpe en un debate no resuelto al interior del mundo progresista de su época, en el que se planteaba la viabilidad de un proceso de transformaciones estructurales en el marco de la institucionalidad vigente, o la inevitabilidad del uso de la fuerza para el logro de esos fines. No está demás recordar, que al interior de las fuerzas de izquierda de América Latina y en su propio partido, era predominante la segunda de estas opciones.

Salvador Allende, se mantuvo inquebrantable en su tesis de respetar el derecho de cada pueblo, a elegir el camino para hacer realidad sus propuestas de cambio, de acuerdo a su propia realidad y a su historia. Con esta convicción, planteaba que en Chile era posible abrir paso a un proceso de transformaciones profundas en el marco de su institucionalidad, y que lo mismo podría ser válido en otras naciones.

El transcurrir del tiempo le ha dado la razón. Hoy como nunca en su historia, América Latina ofrece el ejemplo de numerosos Gobiernos, democráticamente elegidos y comprometidos con programas de transformación y cambio, cuya implementación es apoyada por la mayoría de sus pueblos. Se puede discrepar de algunas de las medidas aplicadas, pero nadie podría deslegitimar el origen democrático de esos Gobiernos ni el apoyo mayoritario con el que cuentan.

En el caso de Chile, durante el Gobierno del Presidente Allende, se cumplieron en poco menos de tres años los puntos básicos de su programa, superando una amarga experiencia que ofrecía la historia de América Latina, en que los programas electorales constituían promesas que el ejercicio del Gobierno olvidaba. No fueron cambios menores. La nacionalización del cobre; la estatización de Bancos e Instituciones financieras; la profundización de la

reforma agraria; la incorporación al área social de la economía de empresas monopólicas y otras que condicionaban el desarrollo económico del país; la mayor participación de los sectores de menores recursos en la distribución del ingreso; la construcción de viviendas que superó ampliamente el promedio de otros gobiernos; la mayor inversión en salud y educación; el apoyo al desarrollo cultural; la drástica disminución de la cesantía; la implementación de una política internacional soberana y exitosa, que le granjeó el apoyo de numerosos gobiernos de distinto signo ideológico; constituyen entre otros una prueba evidente de la cuantía y magnitud del proceso de cambios que se vivió durante su gobierno.

El transcurrir del tiempo, termina por hacer justicia a los que han sido protagonistas en episodios que marcan la historia.

Hoy en Chile, Salvador Allende tiene un monumento en la Plaza de la Constitución frente al lugar de su sacrificio, un mausoleo en la avenida principal del Cementerio General, y distintas expresiones de recuerdo y homenaje a lo largo y ancho de su larga y angosta geografía.

Más allá de nuestras fronteras, es difícil encontrar una ciudad importante en el mundo en que una calle, una plaza, hospital o biblioteca, escuelas o poblaciones, no lleven el nombre de Salvador Allende o se le rinda tributo en otras formas.

Es otro ejemplo, vivo y permanente de su vigencia y trascendencia.

Podríamos extendernos en muchas otras consideraciones de respeto y afecto, pero sería abusar del tiempo que la prudencia aconseja.

No puedo sin embargo, dejar de recordar a su esposa y compañera, Hortensia Bussy de Allende, que hoy lo acompaña en su eterno reposo.

Es difícil encontrar otra mujer con tantos atributos y merecedora de los homenajes que se le brindaron con motivo de su fallecimiento.

Reunía condiciones que pocas veces se dan simultáneamente. La dulzura y ternura que simboliza la femineidad, con la fortaleza y convicción de la luchadora social comprometida con los más débiles. Sus ojos reflejaban ambos atributos, cálidos y acogedores algunas veces, firmes y duros en otras.

Era también un ejemplo de dignidad y entereza, cualidades que se manifiestan en todos los actos de su vida. Que mejor demostración de ello, que su comportamiento cuando en la soledad del Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, presencié solitaria el entierro clandestino de su esposo y compañero. Su dolor era inmenso. Sin embargo, no derramó una sola lágrima que podría complacer a sus verdugos, pero tuvo fuerza para levantar su voz, y denunciar las condiciones en que se enterraba al Presidente de Chile.

Permítanme un recuerdo personal. Tuve mayor cercanía con ella, durante los meses que desempeñé el cargo de Ministro Secretario General de Gobierno,

cuya oficina se comunicaba por un estrecho corredor interior con el despacho de la Primera Dama. Tencha, en muchas ocasiones, utilizaba esa vía para trasladarse a las dependencias de la Presidencia, y cuando me encontraba solo se detenía a conversar. No eran fáciles para mí esos momentos, pues su conversación se centraba en materias relacionadas con la gestión del Gobierno y la situación del país, preguntándome sobre diversos temas aparecidos de la prensa o requiriendo mi opinión sobre algún discurso o documento emitido por el Presidente. Tencha era parca en sus elogios, pero clara y precisa en sus planteamientos.

La verdad, es que en más de una oportunidad, no había tenido tiempo de profundizar los temas por ella planteados y aunque trataba de improvisar, debía reconocer lo insuficiente de algunas respuestas. No me lo reprochaba, pero su mirada era crítica y eso me afectaba más que una reproche, por lo que, me esforcé por analizar y leer cuidadosamente todo lo relacionado con los temas que sabía de su interés. Mi esfuerzo fue recompensado, no con palabras, pero sí con algo más valioso, apreciar que su mirada volvía a ser siempre afectuosa

Resulta simbólico que su fallecimiento coincidiera con el término de las actividades realizadas por la Fundación con motivo del centenario del nacimiento del Presidente Allende.

Juntos toda una vida y juntos otra vez en su muerte.